

ES forzoso, antes de entrar en la disertación que me propongo, hacer una lista de ausentes y, como es natural, debe figurar en primer término de ella, envolviendo entre un recuerdo cariñoso su memoria, el nombre de Trifón Gómez, fallecido en esta ciudad recientemente. Mas no sería justo, dado el espíritu de fraternidad que preside este acto y dada, además, la solidaridad reinante en la emigración republicana española, que el dolor, que suele ser egoísta, quedara limitado a la evocación del ilustre compañero que desapareció de entre nosotros hace pocos meses. Quiero añadir el nombre del doctor Gustavo Pittaluga, republicano fallecido el viernes último en La Habana. Era eminente en la ciencia médica y soportó con plena dignidad el doloroso y prolongado exilio a que estamos sometidos. Fué Pittaluga diputado en las Cortes Constituyentes de la República y desde el vencimiento de ésta permaneció en la emigración, juntamente con sus hijos, hasta expirar a los ochenta años de edad. Asimismo es de notoria justicia mencionar a otro insigne emigrado, que también ha muerto, el gran jurista don Felipe Sánchez Román, quien en las Cortes Constituyentes figuró en el grupo a que Pittaluga pertenecía. Son tres pérdidas verdaderamente dolorosas, y a ellas hay que añadir, presumiéndole muerto, alevosamente, la de don Jesús de Galindez, delegado del gobierno vasco en Nueva York, que, como todos sabéis, desapareció semanas atrás sin dejar rastro alguno, por lo cual cabe suponer que ha sido víctima de villano asesinato, a cargo de una de las dictaduras más odiosas existentes en el mundo y sólo comparable a la que padece nuestra España. Evocados esos cuatro nombres, y ojalá, aunque no lo creo, que en el último haya manera de dejar desechada la lógica presunción del crimen, paso a hablaros de lo que me propongo.

El mejor modo de medir la tremenda regresión política que España sufre, nos lo pueden dar las circunstancias que concurren en la celebración de la fiesta del Primero de Mayo, celebración a la cual se debe este acto en que nos encontramos reunidos. Esa fiesta, instituída por un Congreso celebrado en París el año 1889, comenzó a celebrarse en 1890. Lleva, pues, sesenta y seis años de vida. Y por cuanto respecta a España, aparte del pánico que en la burguesía española produjo aquella primera sacudida internacional del proletariado, pánico que inspiró grandes preocupaciones al Poder público los primeros años de la última década del siglo XIX, el Primero de Mayo vino celebrándose sin interrupción y placenteramente en nuestro país. ¿A qué hacer pasar por vuestra mente la imagen recordativa de los formidables paros en todas las actividades industriales y mercantiles de la nación y la imagen de aquellas comitivas imponentes que, entre rojas banderas, atravesaban las calles en grandes urbes y en poblados industriales, para revelar la solidaridad del proletariado hispano que de manera solenne y pacífica expresaba sus afanes emancipadores? En el curso de todos esos años, abarcados por mi memoria, no recuerdo más suspensión gubernativa de la fiesta del Primero de Mayo en España que la de 1935, durante el bienio negro y a raíz del movimiento revolucionario de 1934 que tuvo su manifestación más heroica en Asturias. Las demás celebraciones, incluso en tiempos de la monarquía, se verificaron de la forma como acabo de recordar.

Y ahora que el Papa se ha asociado al Primero de Mayo disponiendo que las organizaciones de obreros católicos de todo el mundo se incorporen a la fiesta, Francisco Franco, caballero de la Orden suprema de Cristo, no consiente que las masas trabajadoras españolas expresen sus anhelos del modo

como lo vinieron haciendo, si bien otras expresiones de ellos, más recias por cierto, topan contra su voluntad, según hemos visto las últimas semanas.

En la adhesión pontificia a nuestra Fiesta del Trabajo, descubrimos el gran alcance internacional que este acto ha adquirido. En México, dentro de doce horas, el jefe del Estado, el Presidente de la República, Don Adolfo Ruiz Cortines, se honrará, y honrará a los manifestantes, presidiendo la manifestación de los trabajadores mexicanos. Tales contrastes evidencian la regresión política de España y sobre la cual no necesito insistir.

Salvo ausencias mías del país, todos los años, por amable invitación de las Secciones del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España, he sido yo el orador, bien en cenas fraternales como ésta o bien en conferencias preparadas para que nos congregáramos los socialistas y ugetistas aquí refugiados.

Tuve por costumbre en tales actos basar mis discursos en otros anteriores de idéntica fecha, y así incluso llegué a hablar de los pronunciados por mí en España. El primero lo fué el año 1911 y el último el año 1936, dándose el caso, que no sé si calificar de paradójico porque puede obedecer a una lógica correlación, de que en el discurso de 1911, en Bilbao, basé uno de los pasajes en versos de Santa Teresa de Jesús, en aquellos versos tan famosos y conocidos que comienzan diciendo: «Vivo sin vivir en mí...». En 1936, en Cuenca, aparte de anunciar, sin vencer la incredulidad de mucha gente, el próximo movimiento subversivo que arrollándonos nos ha empujado hasta aquí, censuré los ataques a templos en diversas ciudades y particularmente en Madrid, diciendo que yo rechazaba como actos verdaderamente revolucionarios los de ennegrecer, dando fuego a unas latas de petróleo, puertas de iglesias y los de chamuscar altares, pues todo eso carecía de sentido, limitándose a ofender a gentes de creencias distintas a las nuestras, sin conseguir prácticamente nada.

Respecto a esto, y en relación con algo que después diré, creo pertinente la siguiente aclaración. No soy católico. No asistí jamás a cultos de la Iglesia católica, ni he admitido, por convencionalismo o comodidad, ninguno de sus ritos. Mi vida ha sido enteramente civil, tanto en mi matrimonio como en el nacimiento y en la muerte de mis hijos. Para quienes no me conozcan, y por si repercutieran lejos de aquí las palabras que voy a decir, no quiero confusión alguna.

Cuando por vez primera comparecí ante una muchedumbre que me dió el año 1911 la investidura de diputado provincial en Vizcaya, declaré con escándalo y protesta de mis compañeros de candidatura, dos significados republicanos, que yo no era católico y que lo advertía a fin de que nadie que lo fuese se sintiera lastimado en su fe otorgando el voto a un hereje, por lo cual no debería adjudicármelo a mí sí, a causa de sus convicciones, sentíase incurso en pecado.

No soy anticatólico, sino simplemente acatólico. No voy contra esa fe ni contra la de ninguna otra religión. Es más, alguna vez he dicho que envidio a cuantos sinceramente las profesen porque, si la sienten de veras, la fe religiosa constituye gran consuelo.

He pasado años de mi infancia en un colegio protestante, y allí admiré la austeridad de aquellos cristianos disidentes del catolicismo, su profunda cultura bíblica y sobre todo su gran caridad, esencia del cristianismo, de la cual, en ocasiones, fui yo beneficiado durante mi dolorosa infancia, pero, pese a todo, no prendió en mí la fe. Veo en todas las religiones, incluso en las anteriores al cristianismo, un fondo moral muy digno de respeto.

La aclaración que queda hecha tiene por objeto que vosotros, mis oyentes, podáis medir bien el justo valor de mis manifestaciones de hoy, y que, además, lo midan quienes, a distancia, lleguen a conocerlas.

En mi último discurso de Primero de Mayo, el de hace un año, debí de sorprender a gran parte del auditorio porque, saltando sobre mi pesi-

mismo temperamental, me expresé, por vez primera, en forma optimista sobre nuestra suerte. Fundamenté ese optimismo excepcional, en mi creencia de que iba a producirse un considerable aflojamiento en la tensión internacional y que tal cambio habría de reflejarse de modo favorable en la resolución del problema español. Fué un optimismo discreto, pero de valía, dado el pesimismo que se me atribuye como condición preponderante en mi manera de ser. Pues bien, vengo hoy a ratificarlo. Dije entonces que mi discurso constituía un himno de esperanza. Quiero entonarlo hoy, sin llegar a ilusiones excesivas.

La tensión internacional está aflojando. Comenzó a aflojarse en la conferencia que en junio de 1955 celebraron en Ginebra los más altos gobernantes de las más grandes potencias. Y se ha aflojado más en la entrevista de magnates rusos con ministros ingleses que acaba de verificarse en Londres. Ni en una ni en otra de dichas conferencias se llegó a soluciones concretas, definitivas, a virtud de las cuales, desapareciendo el valor de las bases militares que alquilaron en España, los Estados Unidos se sientan inclinados a no prestar más auxilio económico al general Franco. Pero camino de eso vamos porque todos los grandes gobernantes —con el adjetivo «grandes» quiero decir representantes de grandes naciones y no grandes hombres, pues algunos de ellos son pequeños— han llegado al convencimiento de que la guerra es imposible, puesto que, dados los adelantos técnicos para las destrucciones, la guerra equivaldría al suicidio del mundo.

A esos factores, que podríamos considerar de esperanza limitada, a esos factores de orden exterior, sumo ahora factores interiores, mucho más interesantes. Aludo, como comprenderéis, a los factores interiores significados por protestas de grandes núcleos estudiantiles y por huelgas que principalmente se han desarrollando en el Norte de nuestro país.

UN DISCURSO DE HACE NUEVE AÑOS

En mi oración de hoy seguiré el sistema de basarla en algún discurso anterior. Retrocederé hasta el que pronuncié aquí el 30 de abril de 1947. Sé bien, y nadie me negará experiencia de orador, cuánto pesa el intercalar lecturas en discursos. Las lecturas son siempre más frías y monótonas que las palabras improvisadas. Por eso, en la lectura que haré de pasajes de mi discurso de 1947, procuraré aliviar el peso de ella introduciendo apostillas. Espero que así resultará para vosotros más leve, a menos de que, equivocándome, la convierta en más fatigosa. Hagamos el intento.

Aquel discurso lo titulé «Probabilidades de Convivencia Pacífica en España», y lo comencé diciendo: «Me interesan más —esta frase mía es como un ritornello, puesto que la he repetido en varias ocasiones—, me interesan más, muchísimo más, las masas socialistas, republicanas, sindicalistas y liberales de España que la representación menguada de esas masas en la emigración.»

Al repetir estas viejas palabras, pretendo dispar la leyenda que se ha tejido en torno de mi actitud a lo largo de nuestro dilatadísimo exilio, en el sentido de que sólo fié en la acción internacional para resolver el problema español.

He trabajado en esa acción internacional, pero, según evidencian mis frases de nueve años atrás, siempre entendí que entre las masas nuestras —y con la palabra «nuestras» abarco a todos los sectores de la emigración— eran más dignas de aprecio, por toda clase de circunstancias e incluso por la eficacia de su acción, las que están dentro de España, pues nosotros no somos sino una representación reducida de aquellas muchedumbres ingentes.

En punto a acción internacional, que era la que le correspondía, la emigración ha fracasado rotundamente. Fracasó en sus gestiones cerca de los Gobiernos democráticos; fracasó en sus gestiones cerca de organismos internacionales; fracasó en todas las órbitas en que hubo de trabajar, labor en la cual cada uno puso el esfuerzo que le permitían su capacidad, su temperamento y su ardor.

Al confesar ese fracaso general sería hipócrita encubrir el fracaso más doloroso para nosotros, socialistas, o sea el sufrido cerca de la Internacional Socialista y de las internacionales obreras. Hablando de internacionales obreras, fundó en el plural a la Federación Sindical Mundial cuando agrupó a la casi totalidad de las organizaciones proletarias del orbe y a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, desprendida de aquélla y en la que militamos. Creo que la alta burocracia sindical se ha aficionado con exceso a la literatura, que cultiva bastante bien, olvidando lamentablemente la acción.

Estoy seguro de que si, a raíz del fin de la segunda gran guerra, la Federación Sindical Mundial hubiese decretado el paro de un día en todo el mundo, como solidaridad con nosotros, los Gobiernos hubieran derribado a Franco. Tengo la convicción de que después, si la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres hubiese decretado una hora de paralización, una sola hora, en todos los países de Occidente, Franco no habría ingresado en las Naciones Unidas ni en los organismos filiales de ellas, ingreso que dió al dictador —reconozcámoslo, aunque lo deploramos—, considerable fuerza moral.

No nos queda a la emigración sino lo que ahora estamos haciendo: valernos de una libertad de expresión que en países como México, para orgullo suyo y beneficio nuestro, carece de límites. Es la única manera de suplir en medida escasa el silencio terrible a que están condenadas las fuerzas obreras y demócratas dentro de España. Hoy mismo he recibido carta de viejo amigo mío, residente en una ciudad industrial vasca, quien me dice que se enteran de lo que ocurre en poblaciones próximas por medio de las radios de París y Londres, pues sin ellas ni siquiera sabrían lo que está pasando a pocos kilómetros de distancia. Es verdaderamente prodigioso que, ante el silencio que se ven forzados a guardar correligionarios y amigos de España, pueda producirse el despertar de nuestra nación, despertar que hoy asombra en el extranjero y mediante el cual surgen grandes movimientos huelguísticos que tienen atemorizado al Gobierno franquista, pese a las bravatas de éste.

En mi discurso de 1947 —vuelvo a él—, después del proemio que antes repetí, dije:

«Aquí he pronunciado varios discursos en idéntica fecha, y en todos registro este fenómeno: que siendo, por los fundamentos de su institución, la fiesta del Primero de Mayo una demostración de carácter internacional, los temas que siempre he desarrollado para celebrarla han sido nacionales, genuinamente españoles, exclusivamente españoles. Así, el de 1942, titulado «Confesiones y Rectificaciones», vehementemente criticado, señaló y comentó tremendos errores nuestros que influyeron en la promoción de la guerra, con resultados desastrosos para nosotros y para España entera. En él dibujé nuevas modalidades para los sindicatos españoles y tracé el esquema de un Parlamento más ágil y más eficaz, capítulos que merecen una ampliación de la que debo prescindir ahora. En el de 1943 diserté principalmente sobre los seguros sociales y, hablando de ellos y de otros avances, me expresé de esta manera: «Para el experimento de carácter social inevitable en España, es necesaria la cooperación de los elementos católicos. No encuentro nada reprochable en la doctrina social de Jesús, de quien Renan, que no era un idólatra, dijo que cuando se quiera borrar su nombre de los anales del mundo se conmovirá éste en sus cimientos... No veo incompatibilidad entre los postu-

lados sociales de Cristo y los del socialismo, pero soy opuesto a los procedimientos del catolicismo para implantar aquellos postulados... En España predomina un catolicismo intolerante, que yo confío que ahora, aunque de mala gana, habrá de someterse a una tolerancia que será regla universal. No pretendo unirme ni predico la unión con tales católicos. Lo que quiero saber es hasta dónde podemos convivir con ellos o, según frase del filósofo parlamentario (aludí a Don José Ortega Gasset), hasta qué punto podemos conllevarnos. Ni ellos me vencerán a mí ni yo, probablemente, a ellos. La doctrina social de Jesucristo y aquella que está resumida en las obras de misericordia —dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, enseñar al que no sabe...— no pueden quedar al arbitrio egoísta de los hombres. Hay que imponerlas por la ley. Las obras de misericordia serán realizadas mediante el seguro social. No podemos desdeñar la cooperación de quienes, por su doctrina, deben cooperar a ellas. Me he entretenido un minuto (dije entonces) en leer estas palabras porque lo justifica el tema de mi conferencia de hoy: «Posibilidades de Convivencia Pacífica en España». Por último, en 1946, hace un año (recordad que yo hablaba en 1947), diseñé el «Esbozo de un Programa de Socialización en España», discurso reeditado en Argentina y Francia por correligionarios exilados en ambos países.

Pues bien, quiero cotejar ese discurso mío de hace nueve años con un documento reciente que desconoceréis, y pretendo dar la sensación de que no improviso, de que cuanto ahora digo no es una convicción nacida repentinamente, de modo voluble, adaptada versátilmente a determinadas circunstancias actuales, sino que tiene tradición.

En ese mismo discurso dije: «¿Cuál es la solución que debe darse al trágico problema español? No hay otra que aquella que, entre incomprensiones, entre injurias, entre calumnias y entre infamias, vengo sosteniendo desde hace cerca de cinco años, es decir, la de devolver al pueblo, que es el verdadero soberano, sus poderes y que el pueblo libremente, en elecciones, determine qué régimen prefiere y elija sus gobernantes. El camino seguido en defensa de esta solución, respecto a la cual tengo ya dudas en cuanto a su viabilidad, ha sido duro... La única solución, repito, está en el plebiscito, simple o mixto, directo o indirecto, pero plebiscito».

Yo contaba cinco años partiendo del discurso que pronuncié en 1942 en el teatro de la Comedia de La Habana, discurso al que titulé: «Propuesta de un Plebiscito para Resolver el Caso de España»; pero pude, con más exactitud, hablar de ocho años, pues la idea la expuse, poco antes de terminar nuestra guerra, en una conferencia que di en el Ateneo de Montevideo el 20 de enero de 1939.

Por entonces, destacadas personalidades de la emigración aceptaron casi con júbilo mi propuesta, pero luego la rechazaron indignadas. Los que primero me alabaron, después me denostaron, llamándome, incluso, traidor. No voy a querellarme por esos agravios. Me punzaron más que ningunos otros los que brotaron en el seno del Partido Socialista Obrero Español, y recuerdo, con un poso de amargura que los años van sedimentando, que en el propio órgano central del Partido se dijo, en tono de mofa, que yo era un viejo caduco, casi un viejo chocho. No creo que nadie, lícitamente, pueda reputar un crimen el de haber llegado yo a viejo en el seno de mi Partido, militando en sus filas desde que cumplí los dieciséis años, sin falta de un solo día. Tenía yo en 1947 muchos achaques; los tengo ahora mayores, pero no estoy chocho; poseo un cerebro claro y estoy dispuesto a seguir consumiendo en servicio de mi Partido, lo cual equivale a consumirlas en servicio de España, las energías que me restan (MUY BIEN. APLAUSOS).

Lo que yo creía ya poco viable el 30 de abril de 1947, lo aceptó por gran mayoría el Partido Socialista Obrero Español en agosto de aquel mismo año, y lo ratificó por unanimidad en marzo de 1948, ambas veces en Toulouse, con asentimiento de los organismos representativos de nuestro Partido dentro

de España, es decir, de aquellas masas a las cuales he considerado desde 1939 con derecho preponderante a la dirección de la política socialista.

SOLIDARIDAD ESPAÑOLA

Terminada esa apostilla, prosigo con el texto de mi discurso del 30 de abril de 1947 para fijarme principalmente en uno de sus capítulos, al que titulé «Solidaridad Española». «El discurso que pronuncié en Cuenca el Primero de Mayo de 1936 (recordé en 1947) mereció el siguiente comentario escrito en la cárcel de Madrid por José Antonio Primo de Rivera: «Esto es preconizar la revolución económica con sentido nacional. La de Falange. Y hasta con su cruda descalificación de la España caduca que la Falange fulminó muchas veces». Examinando yo tal comentario, escribí en 1938: «Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilarlas en el campo de batalla».

Hago justicia a José Antonio Primo de Rivera estableciendo la suposición de que él no hubiese tolerado el monstruoso régimen de corrupción que impera actualmente en España. Fieles seguidores suyos, como el poeta Ridruejo, han ido recientemente a dar con sus huesos en la cárcel por criticar al franquismo. En los instantes actuales, mandando Franco con los métodos que emplea, también José Antonio Primo de Rivera se hallaría encarcelado.

Cuando establecí —lo hice por primera vez en un discurso que pronuncié en Burdeos el año 1947— una distinción entre el franquismo gobernante y el falangismo primitivo, vine a decir aproximadamente lo mismo que ahora estoy diciendo, a saber, que en la aberración romántica de aquel muchacho que murió en Alicante valientemente—hay que reconocerlo—no hubiese habido complicidades con la tremenda cadena de inmoralidad que corroe al régimen franquista. Hay gran diferencia entre José Antonio Primo de Rivera y Francisco Franco Bahamonde, diferencia a favor del primero.

Continúo reproduciendo pasajes de mi discurso del 30 de abril de 1947. He aquí algunos que figuran a seguida de los que acabo de leer:

«¿No hay muchos problemas que afectan a la entraña de nuestra nación sobre los cuales pueda coincidir España entera? Me atrevo a decir que sí, y por eso mi pensamiento gira en torno a la constitución de una liga de hombres de buena voluntad que podríamos llamar Solidaridad Española. Este capítulo tiene el antecedente de Solidaridad Catalana, cuyo éxito se remarcó hace cuarenta años en una victoria electoral de proporciones colosales el 10 de marzo de 1907. Solidaridad Catalana la presidió hombre tan eximio como don Nicolás Salmerón y en ella entraron todos los partidos, desde republicanos a carlistas... Aquella unión política realizóse para problemas de trascendencia muchísimo menor que la de cuantos nos agobian ahora y que ponen a España al borde de la pérdida de su independencia. Aquellos problemas eran secundarios ante la magnitud de éstos, y sin embargo permitieron que dos personalidades tan relevantes como don Nicolás Salmerón, republicano, y el duque de Solferino, carlista, se abrazaran ante la multitud en una tribuna pública.»

El carlismo es una bárbara fuerza romántica, una salvaje fuerza romántica... Acaso únicamente en el carlismo y en el socialismo españoles se den casos de que militen bajo las mismas banderas, abuelos, padres e hijos. En la Agrupación Socialista de Bilbao, dos de sus más viejos afiliados, Manuel Basterra y Esteban Salsamendi —de Manuel Basterra hablé aquí hace pocas semanas en ocasión de una cena que ofrecimos a su yerno, nuestro correlligionario el ex-ministro de la Gobernación Paulino Gómez Saiz, y a presencia de

la esposa de éste, Judith Basterra—; Manuel Basterra y Esteban Salsamendi pelearon en las filas del ejército carlista durante la última guerra civil del siglo XIX, con la particularidad de que Salsamendi, concejal nuestro en el Ayuntamiento de Bilbao durante varios años, había pertenecido a la partida del famoso cura Santa Cruz. Cuando se hablaba con ellos, ellos sin avergonzarse de sus antecedentes, nos los recordaban para manifestar que combatiendo en pro del carlismo creían defender soluciones idénticas a las socialistas. Las manchas de sangre de nuestra última guerra civil, la de este siglo, extendidas por los requetés, son mucho más grandes que las de las guerras civiles del siglo pasado y han de enturbiar nuestra vista hasta el punto de hacer casi incomprensible una alianza como la que pactaron don Nicolás Salmerón y el duque de Solferino en Barcelona. Quizá produzcan confusión entre vosotros las palabras que, recordando aquella alianza sin vituperarla y casi tomándola como ejemplo, estoy pronunciando. Pero tendríamos menguadísimo sentido de nuestra responsabilidad ante el futuro si no supiéramos llegar a grados de perdón, de perdón mutuo, absolutamente indispensables para convivir en España. Cualesquiera que sean los remolinos que dentro de nuestra nación se produzcan y al amparo de los cuales nosotros podamos volver allí, no nos haremos la ilusión de llegar tremolando triunfantes nuestras banderas para avasallar al enemigo. Forzosamente hemos de hacer lo necesario para convivir con nuestros enemigos dentro de España, convivencia que no equivale a una alianza en la que unos y otros perdamos los perfiles más firmes de nuestras respectivas personalidades.

Antes dije que en el cristianismo, que ha sido una gran revolución, hay postulados que son comunes con los nuestros. Nosotros con justicia, podemos vituperar a significados representantes de una de las ramas cristianas, el catolicismo, por falta de sinceridad en el mantenimiento y defensa de dichos postulados. Pero hoy la Iglesia católica está evolucionando, o queriendo evolucionar. No más tarde que ayer, leí en uno de los diarios locales el extracto de extenso documento de la Acción Social Católica de México propugnando soluciones a favor del proletariado que si las miráramos desde nuestros puntos de vista de hace cincuenta años, o cuarenta, o veinte, o diez, nos resultarían inverosímiles. La Iglesia está hoy regida por uno de los pontífices más sagaces y más políticos, quien se ha dado cuenta de que el porvenir del mundo está en manos de los trabajadores y que la sustentación de la Iglesia habrá de descansar en el esfuerzo que ésta realice para el mejoramiento del proletariado.

En consecuencia, el problema que se nos planteará a nosotros —quizá el pronombre «nosotros» huelgue por lo que a mí se refiere, debiendo decir el problema que se planteará a muchos de vosotros, de menos edad que yo—, es si procede rechazar esa cooperación para el mejoramiento de la clase proletaria, o si, por el contrario, se debe admitir en proporciones convenientes, limitadas por la pureza de nuestros ideales y la limpieza de nuestros procedimientos.

Acabará esta apostilla diciendo que, para mí, la revolución socialista no tiene por qué aniquilar a la revolución cristiana, sino ensancharla, completarla. Consiguientemente, no debemos suscitar estorbos a la profesión de su fe por parte de los católicos, ni de los protestantes, ni de los musulmanes, ni de los budistas. Yo no descubro en las grandes religiones incompatibilidad alguna con nuestras aspiraciones, y creo que la revolución socialista, a realizarse muy pronto, será el complemento o, si se quiere usar una palabra litúrgica, la coronación del cristianismo.

En mi discurso titulado «Posibilidades de una Convivencia Pacífica en España», y en el capítulo «Solidaridad Nacional» dije: « Hay problemas en los que nos pondríamos de acuerdo; hay otros en que el acuerdo es imposible. Entre estos últimos figuran el régimen político, las relaciones con la Iglesia católica, la libertad de enseñanza, las autonomías regionales y

otros menos escabrosos que quedarían a la resolución mayoritaria de las Cortes Constituyentes.»

A continuación, enumeré diez grandes problemas nacionales sobre los que sería probable una coincidencia completa y de cuya inmediata ejecución, podrían encargarse otras tantas Direcciones generales autónomas, y agregaba: «La idea ni es original ni es nueva. El año 1885, don Gumersindo de Azcárate, en su obra «El Régimen Parlamentario en la Práctica», escribió: «El que haya Monarquía o República, el que manden los liberales o los conservadores, ¿ha influido nunca en los servicios de Correos y Telégrafos, Beneficencia, Sanidad, Notariado, Registro de la Propiedad y en tantos otros más? Ciertamente que no. Es más, en un mismo departamento hay ramos a que puede afectar un cambio ministerial y hay otros a que no debe llegar.»

A continuación dije: «Hay que desintoxicar a España, porque todos estamos envenenados. No podemos, al amparo de nuestras pasiones, establecer deudas de sangre, con pago y cobro perpetuos, cual entre gitanos y otras tribus. Debemos establecer las bases de convivencia en vez de trazar los límites de un exterminio, y encauzar el impulso vital de la nación. Don Antonio Maura habló de una revolución desde arriba. Esta sería una revolución desde arriba, desde en medio y desde abajo, una revolución de España entera, pero sin sangre.»

Seguidamente tracé las bases de convivencia en Solidaridad Española, liga de hombres de buena voluntad para actuar durante el periodo constituyente, bases de las cuales repetiré ahora la primera y la cuarta, que decían así: «Primera. Mantenimiento de la soberanía de España rechazando cualquier subordinación, directa o indirecta, a ninguna potencia o grupo de potencias, sin perjuicio de aquellas alianzas que el mantenimiento de la independencia nacional y de la paz mundial aconsejen.» «Cuarta. Compromiso de no alterar la paz de España, incluso prescindiendo de ejercer el derecho de huelga durante el periodo constituyente, en cuyo transcurso quedarían sometidos todos los conflictos del trabajo a arbitraje obligatorio.»

Y finalicé aquel discurso diciendo: «Solidaridad Española acometería una empresa exclusivamente civil. El clero a sus templos, el ejército a sus cuarteles y los ciudadanos a luchar de manera civilizada en las urnas. Hay posibilidad de convivir en España. Me atrevo a afirmarlo. Hay posibilidad de convivir pacíficamente, reconociendo cada cual sus errores e, incluso, recordando cada cual sus ideales. Negar semejante posibilidad sería entregarse a la más terrible de las desesperaciones.»

No debemos desesperar, porque la desesperación es una fuerza ciega. El temor a ciertas subordinaciones, reflejado en la base primera, es una terrible realidad desde septiembre de 1953, cuando Franco vendió vilmente a los Estados Unidos la independencia española. La suspensión del derecho de huelga sería voluntario por parte de los sindicatos y éstos podrían condicionarla a una máxima brevedad del periodo constituyente.

REPLICA DE LOS ESTUDIANTES DE VALLADOLID

Quedaron concluidas la repetición y la glosa de los pasajes principales de mi discurso del 30 de abril de 1947. Os agradezco la atención que, dominando vuestra fatiga, habéis prestado a ellas. Ya os anuncié que la repetición de párrafos míos obedecía al propósito de cotejarlos con los de un documento reciente y, a mi juicio, muy importante, que circula de modo clandestino en España. Se trata de una hoja impresa por medio de la cual los estudiantes de Valladolid dieron magnífica respuesta a la insolente arenga que, apenas posesionado de la secretaría de Falange, lanzó allí José Luis Arrese, arenga en la cual el sustituto de Fernández Cuesta abogó por la dialéctica de las

pistolas. En mi concepto, es el mejor documento de cuantos se han publicado clandestinamente en España durante el primer cuatrimestre de 1956. Oído. En su parte más esencial, dice de este modo:

«Es la Universidad la que nos hermanó en haz de fraternidad cordialísima a muchos de los hijos de las víctimas que cayeron ayer, en una acera y en la otra, y esta hermandad, lograda por la mutua comprensión y la miseria y el dolor comunes, está de tal modo anudada que creemos el más sagrado deber nuestro mantenerla inquebrantable, por ser ella la única piedra cimental para la creación de un mundo mejor en nuestra patria del mañana.

«Aceptar la invitación de relevo que usted nos hace e incorporarnos a su fracción partidista sería desgarrar esta unión; supondría colocarnos a un lado de la barricada, enfrente de la otra, cuando nuestro ideal es desbaratar y deshacer todas las barricadas que existen desde hace veinte años y que ustedes, con ahinco muy explicable, sin que de ningún modo sea justificable (a nuestro modo de ver), quieren mantener a toda costa; nosotros no nos prestamos a continuar la ruta, ya muy larga, de nuestras intolerancias civiles, que tanta sangre han costado desde 1820 y que debió quedar definitivamente clausurada en 1939.

«Hemos jurado, señor Arrese, no cometer el pecado de ustedes ¡Caines, nunca! Mayores o menores de edad, tenemos clara conciencia del imperativo del deber que nos incumbe a los que avanzamos en la vida hacia los mandos del Poder, y no es otro sino el de sumar en apretado haz de fraternidad, por la vida de la libertad, en la máxima igualdad de derechos, a los españoles todos que el odio cainista separó.

«Vencer el mal con el bien. No nos queda otra ruta. La que ustedes nos señalaron con sus gestas, la que venció al mal por la fuerza, ha costado demasiadas lágrimas, demasiada sangre, demasiadas agonías, demasiadas orfandades, devastaciones, pobreza, desengaños, desilusiones, y sobre todo demasiado odio para que pueda seducir como programa a un alma bien nacida. Si es así como ustedes trataron y tratan de forjar el destino de imperio en lo universal (frase cuyo contenido escapa a nuestra generación), desistimos definitivamente de esos destinos y de esos imperios. La inscribiremos como epitafio sobre la tumba de ese ayer, pero no será el lema del mañana que tenemos que formar.

«El afán de su generación fué vencer con la espada desnuda; nuestro afán es y será convencer con verdad, con tolerancia, con comprensión y con amor. Creemos en la fuerza de esa verdad y de ese amor como la única capaz de levantar sobre los escombros actuales la verdadera convivencia ciudadana española.

«No consentiremos que el Estado, con su único partido (es decir, su capilla), y su único jefe (su fetiche), para emplear el léxico de ustedes, señor Arrese, convierta su interés político en la única y suprema fuente de derecho, porque ello conduce a las vesanias que hemos visto en Alemania, en Italia, en Rusia y en esta desgraciada nación. Seríamos locos si pretendiéramos repetir esas experiencias.

«Esa mano tendida no la aceptamos, señor Arrese, porque el aceptarla supone, como usted dice, tener que emplear con los otros españoles los puños cerrados y las pistolas, dialéctica esta que no produjo ningún fruto de paz. Después de ese ayer de ustedes, han pasado ya casi veinte años.

«En ellos han monopolizado ustedes todos los poderes, todos los mandos, todas las palancas, todas las fuerzas, todos los resortes y, según la confesión del señor Cuesta, de la camarada señorita Primo de Rivera y de usted mismo, no han podido ganar la calle. Hoy las desercciones en las filas falangistas han quedado demasiado patentes para que puedan ocultarse...

«Ustedes acariciaron una España Grande; en sus sueños de ilusionados vieron ensancharse las fronteras patrias hasta Orán. Nosotros nos encontramos con una España disminuida en Marruecos. Soñaron con una España Una

y nos legaron una España pulverizada y atomizada espiritualmente y disuelta por el odio. Soñaron con una España Libre y nos legan una España sin apenas más que la hogaza conque mantener nuestra hambre, ni economía saneada conque poder mantener con dignidad la independencia nacional.»

El documento de los estudiantes vallisoletanos revela un anhelo, pero no apunta una solución. En ésta es, quizá, en la que deberemos colaborar cuando la colaboración sea posible. Desde luego, en otros documentos estudiantiles que han precedido al que acabo de leer, y que acaso sea el último publicado, hay cierta vaguedad. Todos ellos encierran una fuerza negativa, la fuerza negativa al régimen de Franco. Nosotros debemos alinearnos a esa fuerza, porque desdeñarla, volverle la espalda equivaldría a nuestro suicidio político.

Así como en tiempos neronianos la consigna «pan y circo» se encaminaba a embrutecer a las multitudes romanas, y así como en los tiempos fernandinos la consigna «pan y toros» se enderezaba a embrutecer a las multitudes españolas, Franco dictó otra, que pudiera llamarse «vino y fútbol», para embrutecer a la juventud, y ahora resulta que ésta, por virtud acaso de resortes irrompibles de nuestra raza, no se embrutece, sino que brinca sobre consignas estúpidas, para proclamar su personalidad en la forma categórica y tajante que ahora habéis tenido ocasión de conocer.

Por consiguiente, sobre nuestra invariable convicción de que las masas obreras estaban contra Franco, surge el nuevo factor de que la nueva generación intelectual —llamémosla la generación de los defraudados—, se alza también contra Franco.

En reciente artículo periodístico he condenado la petulancia de elementos que desde el exilio, unos en público y otros semipúblicamente, han pretendido presentarse como directores o inspiradores del recio movimiento estudiantil. Falso, completamente falso. El principal valor de tal movimiento radica en su espontaneidad. Claro es que los estudiosos elementos juveniles habrán de definirse en punto a la forma de gobierno, puesto que, por mucha que sea su imaginación, no descubrirán sistemas políticos que permanezcan inéditos. Todos son conocidos: hay la monarquía absoluta y la monarquía constitucional; hay la república presidencialista y la república parlamentaria; hay la dictadura y la libertad. La última novedad en materia de regímenes políticos, que probablemente no llegará a repetirse, es la del reino sin rey, discurrida por el general Franco. Los estudiantes españoles se levantan contra la monarquía con rey y sin rey.

Las masas obreras saben a dónde van. Lo saben por la herencia ideológica que les legaron generaciones anteriores de militantes en sindicatos y partidos de clase. Marchan hacia su mejoramiento material inmediato para después seguir hacia el régimen republicano y posteriormente a su completa emancipación. A esas masas no hace falta enseñarles nada, porque lo saben todo, y lo saben tan perfectamente como nosotros podamos saberlo. Pero los elementos universitarios, en cuanto a su acción y para hacerla eficaz, deberán definirse. Espero que lo harán pronto. El sentido de sus elocuentes palabras nos descubre la esperanza de que se definirán en pro del sistema republicano. Mas sería inoportuno que desde aquí, jactándonos de una fuerza que no tenemos dentro de España y sin darnos cuenta de que nosotros sólo somos un reflejo, y muy débil, de las fuerzas del interior, queramos imponer una solución que es de esperar se produzca allí, enteramente favorable y de modo espontáneo.

Ahora bien, no cabe duda de que entre todos los españoles de nuestra generación, de la mía y de la que me sigue inmediatamente, hemos cometido un magno fratricidio. Podemos castigarnos aplicándonos el título de generación fratricida. No es momento de examinar las culpas de ese magno fratricidio, pero honradamente creo que nosotros seríamos exculpados.

Los estudiantes vallisoletanos afirman que nunca querrán aparecer como caines. ¡Ah!, nosotros tampoco lo fuimos. Caín mató a su hermano Abel y, según el relato bíblico, pasó el resto de su vida bajo la maldición divina en

tanto que Abel, la víctima, fué justamente glorificado. Pero, ¿se hubiera castigado con justicia a Abel si, para defenderse de la agresión de su hermano, hubiese matado a Cain? Era la suya una defensa tan legítima como la que nosotros hicimos de nuestra República.

Nosotros no impusimos por fuerza la República. No hay en la historia política del mundo ejemplo más magnífico de expresión libre de la voluntad popular que el que dió el pueblo español en abril de 1931. Fueron caines los que, en 1936, decidieron arrebatarnos criminalmente la República que el pueblo se había dado con toda libertad y en santa paz (MUY BIEN, GRANDES APLAUSOS).

No somos caines y, sin embargo, ved la paradoja y la contradicción de ciertas repeticiones históricas, cual se da entré nuestro drama y el drama de aquellos dos hijos de Adán y Eva. Nosotros, equivalentes a Abel, somos quienes hemos tenido que errar, los que estamos todavía peregrinando para llevar a cuestras, si no el cadáver de España, si a una España extenuada, desangrada por terrible lucha, lucha —proclamémoslo otra vez a gritos— de la que no somos responsables. Aceptando la pelea, hubimos de asumir una misión que nos competía como españoles, como demócratas y como hombres, pues no habría sido digno de españoles, de demócratas ni de hombres abandonar cobardemente a la República y entregarla sin defensa a los asesinos que la herían en forma alevosa (GRANDES APLAUSOS).

Los estudiantes de Valladolid, como toda la opinión española, han oído hablar mucho de nosotros, mas no nos han oído hablar a nosotros. Les ha atronado una gigantesca máquina de propaganda, montada para infamarnos y ante cuyo ruido la voz débil de quienes nos levantamos a defender nuestra conducta se pierde en las soledades de Continentes lejanos.

Es preciso que los estudiantes de Valladolid, y los españoles todos, nos oigan. Les pedimos audiencia y les instamos a que nos abran las puertas de España para que podamos comparecer ante ellos, ante España entera, y decir a cuantos lo ignoren, lo que hicimos y lo que dejamos de hacer, inclusive confesando nuestras culpas, si en algunas hubimos de incurrir.

Uno de los aspectos que dan singular valor al documento de los estudiantes de Valladolid es el de reflejar una opinión que no nos es muy desfavorable y que, en cambio, condena a nuestros enemigos, a pesar de haber oído únicamente a una de las dos partes, a la que nos difama, mientras los difamados no podemos hacer oír allí nuestra voz.

Agradecemos la hidalgua de esos estudiantes que, aun cuando no nos eximan de culpa, proclaman la que corresponde al tirano. Tracemos una línea divisoria al final de la guerra para que se distinga que ni quienes estamos en el exilio ni quienes en España, por comulgar con nuestras ideas, gimieron o gimen en presidio, somos responsables de nada, absolutamente de nada, desde el año 1939. En el periodo de 1939 a 1956 estamos exentos de toda responsabilidad. Respecto a las contraídas antes, nos hallamos resueltos a responder ante la nación, y de manera particularísima ante la generación naciente que ojalá, en contraste con la generación fratricida, sea una generación fraterna, con fraternidad que, por no haberse disipado, pueda legarse a generaciones futuras.

En actos como el de hoy, nos reunimos unos centenares de expatriados, todos convencidos de nuestra inocencia histórica, pero aunque mi voz promoviera el coro clamoroso de todos vosotros, de los centenares de mujeres y hombres que me escucháis, no podría llegar hasta dentro de España. Allí no se oyen sino las calumnias de que somos objeto. Es preciso arbitrar medios que amplíen nuestra defensa. Yo no quisiera morir sin hacer allí la defensa de la República, la defensa de los partidos republicanos y de las organizaciones obreras y, perdonadme mi orgullo desmedido ante el volumen del problema, sin hacer también mi defensa personal, la de mi conducta en el exilio,

destruyendo, porque puedo destruirlas las calumnias que contra mí se propagan incesantemente.

El resurgimiento de España entraña esperanzas de que encontraremos audiencia, poca fe tendríamos en la rectitud de nuestra conducta si a esa esperanza no se acompañara la certeza de conseguir que España nos absuelva.

LO QUE EN WASHINGTON SE OFRECE Y SE PIDE

Conforme os ha anunciado Juan Ruiz Olazarán, mi disertación se rotula «Horas de España y Horas del Mundo». Seguiré hablando de las horas de España para analizar reflejos mundiales que recientemente han tenido.

En Washington hubo las semanas últimas ciertos sucesos políticos muy relacionados con España. Ha estado allí, según sabéis, el ministro de Asuntos Exteriores del general Franco, Alberto Martín Artajo, quien llevó, como delicada ofrenda al Presidente de la República norteamericana, un burro sevillano, probablemente provisto de pasaporte diplomático (RISAS). Tengo entendido que las autoridades sanitarias de Nueva York, cumpliendo con el reglamento, sometieron al burro a cuarentena (MAS RISAS). Creo que también debieron haber puesto en cuarentena al ministro franquista, mucho más enfermizo y contagioso que el asno andaluz.

Don Miguel de Unamuno disertó con gracia sobre la seriedad del burro —no de este burro viajero de los aires, al que no conoció, sino de todos—, y dijo que había muchos hombres que se parecían al burro por su inquebrantable seriedad. El burro no ríe o, si ríe, ríe para adentro. Algunas cosas ocurridas días atrás en Washington serían capaces de hacer reír al asno de la ofrenda franquista. Para aliviar el tono reflexivo y dramático de cuanto llevo dicho esta noche, no estará de más verter ahora unas gotas de sarcasmo.

El general Eisenhower, el 21 de abril, hace nueve días, en discurso pronunciado ante la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos, dijo: «En todos los rincones del globo es menos costoso sostener la libertad que recobrarla cuando se ha perdido.» Mejor que él lo sabemos nosotros. Pero lo que él sabe mejor que nosotros es cuánto les cuesta a los Estados Unidos sostener la tiranía en España, impedir que España recobre la libertad. Ahora, según señales, va a aumentar el precio de esa tarea, tan contradictoria con las palabras copiadas que hubieran hecho reír al burro de Sevilla, caso de haberlas oído.

En el mismo discurso, Eisenhower fijó tres normas de orientación para la política exterior de su Gobierno. Son las siguientes: «Primera. Debemos mantener una defensa colectiva contra la agresión, para permitir que los pueblos libres propugnen con seguridad sus valiosos propósitos. Segunda. Dentro de la comunidad libre, debemos ser un socio considerado, que ayude a la creación de condiciones en las que florezca la libertad. Tercera. Debemos tratar por todos los medios posibles de inducir al grupo soviético a corregir las injusticias que existan y a que sinceramente se dedique a finalidades pacíficas en sus relaciones con otras naciones.»

Si el borrico regalado por Franco pudiera reír y hubiese oído las tres normas de política exterior norteamericana, habría acogido cada una de ellas con sonora carcajada.

Nosotros, sin reír, porque nos ganó la indignación, hallamos curioso que el señor Eisenhower decida publicar tales palabras, pues para hacerlas públicas ha de olvidarse de España, con derecho a que también en su suelo florezca la libertad y asimismo a que se corrijan injusticias como las proclamadas por el «socio considerado». Este, para formular semejantes juicios, ha de dividir el mundo en zonas. Aquella donde habrían de aplicarse las normas

predicadas sería la zona influida por Rusia. España, atropellada con tanta vileza como pueda haberlo sido cualquiera de los países a que el jefe del Gobierno norteamericano aludió, carece de derecho a todos los bienes prometidos ante la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos. La risa va por barrios y no por dehesas y los asnos que en éstas pacen reirían si supieran reír.

Ha habido, además, en Washington cosas para llorar. Martín Artajo fué allí a pedir más dinero para Franco, cotizando el mayor peligro que corre España a medida que aumenta el valor técnico de los elementos de destrucción rusos. Y ha aducido, con toda desenvoltura —pretendo ser fino y, por tanto, no diré con todo cinismo—, el argumento de que el célebre pacto para el establecimiento de bases norteamericanas en España, firmado a fines de septiembre de 1953, se negoció cuando aún no era muy evidente que Rusia disponía de la bomba de hidrógeno y menos que había progresado en materia de proyectiles teledirigidos, última novedad pavorosa que nos presentan las naciones del mundo civilizado. Por eso, el peligro que corre España con dichas bases es mucho mayor que el calculado, pues son más los millones de españoles que pueden ser muertos. Consiguientemente, procede aumentar el alquiler. Ese miserable —ya he perdido la finura con que quería expresarme—, ese miserable, servil agente del otro miserable, Francisco Franco, solicita más dinero porque puede ser mayor el número de españoles que sucumban al servicio de los Estados Unidos. ¡Y a esto lo denominan los villanos gestores dignidad nacional!

«Antes —según dijo el acompañante del borrico en la Casa Blanca y en el Departamento de Estado—, nosotros estábamos resueltos a soportar represalias terribles, ocasionadoras de horriboras mortandades propias de la bomba atómica, pero ahora vemos que los rusos nos pueden agredir con la bomba de hidrógeno y, además, con proyectiles teleguiados que, con precisión casi matemática, caen desde lo alto del cielo en puntos elegidos para el ataque, y serían más los españoles expuestos a una muerte espantosa. Por ello, señores y amigos, les pedimos más dinero. Fijense ustedes que una base de las suyas está a las puertas de Madrid, otra en los alrededores de Zaragoza, otra en el contorno de Sevilla y otra en la bahía de Cádiz. El holocausto vale, pues, más dólares que los que ustedes nos dan.»

Alberto Martín Artajo ha ido a cotizar el valor de una inmensa multitud de cadáveres españoles. Creo que esto conmovería incluso al asno bien esquilado que llevó de pareja.

Además, Artajo ha planteado en Washington otro problema sobre el cual quiero llamar particularmente la atención para que nuestras organizaciones, en la órbita de influencia que tengan, tomen las posiciones debidas. Martín Artajo clamó en Washington por el inmediato ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte, y arguyó que no sólo las bombas atómicas, sino las de hidrógeno se producen de volumen pequeño, susceptible para su empleo por la artillería táctica; que el ejército español debe ser dotado no sólo de elementos de defensa, sino de ataque por medio de estas armas, y que sería ilógico que, hallándose España en la situación contractual en que se halla con los Estados Unidos, permaneciera ajena a la OTAN. Aquí es donde va a ponerse a prueba, otra vez, no sé si también desgraciadamente, la sinceridad y el vigor de los Gobiernos democráticos de Europa, y más remarcadamente diré que se pondrá a prueba la sinceridad y el vigor de los partidos socialistas, porque en la Organización del Atlántico Norte figuran seis países cuyos Gobiernos tienen participación socialista.

Recordemos el artículo 10 del Tratado: «Las partes pueden, por acuerdo unánime, invitar al acceso al Tratado a cualquier otro Estado europeo susceptible de favorecer el desenvolvimiento de los principios del presente Tratado y contribuir a la seguridad de la región del Atlántico Norte.» Y recordemos

también que los principios mencionados son los de la Carta de las Naciones Unidas y los de «salvaguardar la libertad de sus pueblos, su herencia común y su civilización, fundada sobre los principios de la democracia, las libertades individuales y el reinado del derecho.»

Sería para nosotros desolador, desmoralizador, aplastante que no hubiera un solo país con Gobierno en el que tengan representación los socialistas dispuesto a oponerse al ingreso de España en la Organización atlántica.

No quiero ni puedo creerlo. Claro que, pisoteando principios idénticos, Franco entró en la Unesco y en las Naciones Unidas, y el precedente puede movernos a desconfiar.

Inmediatamente después de sus conversaciones con Martín Artajo, el Secretario del Departamento de Estado, Mr. Foster Dulles, expuso deseos de reforzar urgentemente la Organización del Atlántico Norte. Este refuerzo se apoya en el cumplimiento del artículo segundo, que no ha pasado hasta ahora de mera literatura, por el cual las partes signatarias declaran que «se esforzarán en eliminar toda oposición a sus políticas económicas internacionales y alentarán la colaboración económica entre ellas». ¿Se limitará Foster Dulles a dar vida a una cláusula que nunca pasó de letra muerta? Probablemente, pedirá que se modifique el artículo 10 para el caso de que, con arreglo al actual estatuto, hubiera países que impidieran el ingreso de Franco en la OTAN. Destruyendo el requisito de la unanimidad y dejando el ingreso de nuevos miembros sometido únicamente al voto mayoritario, la admisión de Franco estaría asegurada.

El tiempo corre. El próximo mes de mayo van a celebrarse las primeras conferencias para abordar estos problemas. Tenemos reductos en qué apoyarnos, salvo que los Gobiernos del Occidente europeo pierdan completamente el decoro. Cabe confiar en que varios, y con uno basta, se opongan al ingreso de Franco, para que la solicitud naufrague. Ahora bien, si así ocurriera y la obstinación de los Estados Unidos llegara al punto de querer modificar el artículo 10, esto no podría hacerse sin el asentimiento de los Parlamentos, porque el Tratado lo ratificaron los respectivos cuerpos legislativos, y sin el asentimiento de ellos no puede modificarse. No están las cosas en varios países de Europa como para que sus Gobiernos puedan afrontar, si su voluntad se debilitara, la violentísima oposición que la maniobra encontraría en esferas parlamentarias.

Además, la pretensión que el general Franco tiene, contando con la venia norteamericana, de entrar en la OTAN, la alienta el propósito de que las divisiones militares que ahora le van a sobrar en Marruecos, armadas modernamente por los Estados Unidos, se coloquen en Alemania, sustituyendo a divisiones yanquis y a precio más barato de lo que le cuestan a los Estados Unidos. ¿Se da cuenta el Gobierno de París de que Francia, que ha sufrido tremendos desgarrones políticos a cuenta del litigio sobre el rearme de Alemania, tendría dos ejércitos enemigos, poderosamente armados, modernísimamente armados, uno al sur de los Pirineos y otro en la frontera alemana, los dos bajo el mando directo de Franco?

Indicios de tal cerco se encuentran en palabras pronunciadas anteayer por Francisco Franco ante jefes y oficiales de todas las armas, congregados espectacularmente en la Capitanía general de Sevilla. El Generalísimo púsose a definir tres fases sucesivas de la guerra futura y, según referencia telegráfica de la agencia France Press publicada en los periódicos mexicanos, «la tercera y última fase del conflicto será la insurrección armada en la cual deberá afirmarse la voluntad de resistencia de toda la nación.» Aludiendo sobre este particular a los «peligros a que puede estar sometido un país en el interior, el jefe del Estado español señaló que en España los peligros son mínimos, pero que podían aparecer eventualmente en naciones vecinas a la nuestra. España, según Franco, tendría que ayudar entonces a esos vecinos en peligro.»

La alusión a Francia es clara. En caso de que fallara el concurso francés a la Organización del Atlántico del Norte, Franco contribuiría con sus tropas, desplazadas desde el sur y desde el nordeste, a meter en cintura a aquel país. La amenaza de una intervención militar franquista en territorio francés no puede ser más ostensible ni más descarada.

EL EJERCITO, RESPONSABLE

Y ahora paso a otro capítulo. En las crónicas periodísticas que aquí hemos tenido ocasión de leer, no trascendieron debidamente los días críticos que se vivieron en Madrid durante el mes de febrero a consecuencia de las manifestaciones estudiantiles antifranquistas. Voy yo a referiroslo con arreglo a informaciones dignas de fe.

Los alumnos de la Facultad de Derecho, en una elección de los compañeros que habrían de representarles en el comité del Sindicato Universitario, derrotaron la candidatura falangista. Ante tamaña derrota, un grupo de la denominada Guardia de Franco, selección de la chulería matonesa incrustada en Falange, invadió el edificio de la vieja Universidad madrileña, en la calle Ancha de San Bernardo, y agredió a los estudiantes. Estos se defendieron valientemente. Hubo altercados y riñas que salieron de los salones y pasillos universitarios para reproducirse en la vía pública. Durante uno de estos incidentes, en la calle de Alberto Aguilera, cayó herido de un balazo en el cráneo Miguel Alvarez, muchacho militante en Falange. En el sanatorio donde se le hospitalizó fué visitado por los ministros falangistas. A poco, la dirección de Falange se reunió, acordando que si aquel camarada moría, los falangistas de « élite » entregaríanse a feroz represalia. Al efecto, formóse una lista de personalidades que serían asesinadas inmediatamente que Miguel Alvarez expirara. Encabezaban la lista el ministro de Educación, Joaquín Ruiz-Giménez; el rector de la Universidad Central, Pedro Laín Entralgo, y el decano de la Facultad de Derecho, Manuel Torres López. Ruiz-Giménez estuvo custodiado, temiendo ser víctima de la venganza brutal que Falange había acordado; Torres López, para mayor seguridad, huyó a París, y Laín Entralgo permaneció escondido. Además de estas autoridades ministeriales y académicas, estaban inscritas en la lista macabra otras personalidades sin cargo oficial, todas ellas muy notorias.

Enteráronse del plan — para cuya ejecución se mantenían día y noche retenes falangistas en espera de un aviso que diera cuenta del fallecimiento de Miguel Alvarez — los jefes de la guarnición de Madrid que visitaron corporativamente al ministro del Ejército para decirle que no estaban dispuestos a tolerar semejante salvajada y que, si llegaba a iniciarse su realización, ellos saldrían al frente de tropas a la calle para acabar con Falange en Madrid, en cuestión de horas. Al ministro le impresionó advertencia tan grave. No sé hasta qué punto hubieran llegado las cosas. El conflicto se resolvió porque Miguel Alvarez, que ahora ha sido trasladado a Málaga, no llegó a fallecer y porque se comprobó que, equivocadamente, fué herido por un correccionario, el cual lo confesó así en la Dirección General de Seguridad y ante los directivos de Falange. No hubo lugar a las represalias falangistas, ni hubo tampoco lugar a que el ejército las reprimiera en la forma que anunció. ¿Qué hubiera sucedido en Madrid y, por inevitable repercusión, en toda España, si Alvarez llega a fallecer? La situación la resumió con frase muy gráfica un conspicuo hombre de derechas diciendo: «El régimen actual, cuya instauración costó más de un millón de vidas, se tambalea por haber sido herido un hombre».

A poco de acaecer lo narrado, el general Franco trasladóse a Sevilla y en

uno de sus discursos de dicha ciudad, anunció que estaba decidido a lanzar a la calle a sus huestes de camisa azul y boina roja, es decir, que autorizaría los asesinatos falangistas, desautorizando implícitamente la actitud de los jefes de la guarnición de Madrid. Anteayer, Franco ha vuelto a hablar en público proclamando que la doctrina del Gobierno es la doctrina de Falange —afirmación inexacta porque la doctrina de Franco no es la de Primo de Rivera—; pero, en fin, el Caudillo ha optado por la represalia antijurídica y caprichosa de Falange en venganza de cualesquiera víctimas que pueda haber en su campo. El jefe del Estado, que tiene a sus órdenes poderoso ejército, numerosísima guardia civil y muy cuantiosa fuerza policiaca, prescinde de todos estos elementos, prefiriendo a Falange para mantener el «orden público» y dándole carta blanca para proceder a su antojo en las represalias. Además, fijaos en que el ministro de Educación, el rector de la Universidad Central y el decano de la Facultad de Derecho, amenazados de muerte por Falange, han sido destituidos. ¡Buen modo de sostener el principio de autoridad! ¿Es sostenerlo deponer a autoridades que, sin razón, son amenazadas de muerte?

Ayer, el general Franco, hablando desde uno de los balcones del Alcázar de Sevilla, balcón al que probablemente se asomaría también don Pedro el Cruel que tuvo aquel palacio por albergue, volvió a afianzar a Falange con palabras terminantes. Y ayer el capitán general de Andalucía, Sainz de Buruaga, reiteró la lealtad y adhesión incondicional de las tres armas del ejército de aquella zona al Caudillo. En puridad, la guarnición de Sevilla, la de Sevilla cuando menos, se pone enfrente de la guarnición de Madrid. El ejército, bajo mandatos de Franco, parece dispuesto a amparar y facilitar cuantos asesinatos cometa Falange. La situación os ofrecerá una complejidad extraordinaria si llegáis, como yo llevo, a las deducciones que establezco leyendo textos publicados estos días en los diarios mexicanos.

Aunque no constituya novedad, parece conveniente reiterar una afirmación terminante: el ejército es responsable único del mantenimiento de Franco, con todos sus excesos, en el Poder. El 1º de octubre de 1936, el general Cabanellas, en la Capitanía general de Burgos —no salimos de capitanías generales—, dijo a Franco: «Señor Jefe del Gobierno del Estado Español: En nombre de la Junta de Defensa Nacional os entrego los poderes absolutos del Estado». La Junta de Defensa Nacional, constituida exclusivamente por militares, entregaba a Franco el producto de un robo, porque los poderes de que Cabanellas habló pertenecían al pueblo español y le fueron robados.

Desde entonces, Franco no ha abdicado ninguno de dichos poderes y continúa ejerciéndolos. Pueden los estudiantes manifestarse en su contra, pueden también hacerlo las masas obreras, puede efectuarlo la opinión pública entera, a costa, cierto, de graves riesgos, pero el ejército, pese a tales demostraciones, sigue sosteniendo a Franco. ¿Hasta cuándo? ¿Se repetirá en otras partes, acentuándolo gallardamente, el gesto de los jefes de la guarnición de Madrid? Todos los jefes militares deberían declarar: «Nosotros no queremos ser cómplices de asesinos que amenazan con la muerte a personas relevantes de la política y de la ciencia españolas, a cuenta de que un camarada sea herido en riña callejera».

La responsabilidad del ejército español es evidente. Dado el sordo descontento de amplios sectores militares, bastaría con que un capitán general dijera algo opuesto a lo que ayer dijo Sainz de Buruaga en Sevilla para que Franco cayese. El ejército no pelearía entre sí y sería suficiente que el jefe de una región militar, abochornado por tantas desdichas y vergüenzas que pesan sobre España, se alzara contra la situación, para que Franco fuese derribado.

La responsabilidad de cuanto ocurre y de cuanto pueda ocurrir es principalmente del ejército, o exclusivamente, dicho con más exactitud. En el estado presente de cosas, no teniendo Franco respaldo en ninguna capa social del

país, ni en las populares, ni en la clase media, ni en la burguesía, se sostiene exclusivamente por las bayonetas del ejército.

Tras los momentos críticos sobrevenidos con los incidentes estudiantiles, surgieron las huelgas. Tengo a la vista los textos, reproducidos en un periódico de San Sebastián y en otro de Bilbao, notificando el «lock-out» ordenado por las autoridades de Guipúzcoa y Vizcaya. El gobernador civil de Guipúzcoa dijo en su primer edicto: «Se decreta el cierre de las siguientes fábricas por no haber reanudado su trabajo». Sigue una relación nominal de las fábricas clausuradas que son: tres en Beasain, dos en Hernani, tres en Mondragón, dos en Rentería, tres en San Sebastián, seis en Tolosa, dos en Villareal y una en Zumárraga, en total veintidós. Y el gobernador añade: «Para reanudar sus trabajos será precisa la solicitud conjunta al gobierno civil de empresarios y productores. La misma medida se adoptará con las demás fábricas que se encuentren en análogas circunstancias. Se declara nulo todo pacto entre empresarios y obreros mientras éstos sigan en paro, y los primeros serán severamente castigados en su caso». Es decir, los industriales serían castigados si, como comenzaron a hacer, aceptaban las reclamaciones obreras de aumentos de salario superiores a los establecidos por el Gobierno.

En Guipúzcoa habían ido terminándose los paros porque los patrones aceptaban las pretensiones obreras, pero entonces el Gobierno paternal de que España goza se interpuso y les prohibió mejorar los salarios. ¿Se ha visto algo igual en algún país civilizado?

Por cuanto a Vizcaya, el gobernador civil, en dos edictos, notifica que «por faltas que califica la Reglamentación Laboral de muy graves, han tenido que ser despedidos trabajadores de las empresas...». Y aquí una relación de once grandes factorías establecidas en ambas orillas del Nervión y cuyo contingente obrero no será inferior a cuarenta mil hombres. Todas ellas hallanse enclavadas en pueblos de la circunscripción electoral que yo he tenido el honor de representar en las Cortes españolas. Envío —no sé si llegará hasta ellos— el mensaje de mi admiración a hombres que con tanta valentía saben enfrentarse al régimen del general Franco.

¿Cuáles son las alegaciones del Gobierno franquista para proceder en forma tan inicua? El «lock-out» no podrá justificarse. Si los patrones acceden a una mejora de salarios es porque sus beneficios lo consienten.

Pero, además, es evidéntísimo, según estadísticas oficiales, que el pequeño aumento en los salarios de los obreros españoles, aumento bajo autorización gubernativa, no compensa las alzas gigantescas de los precios. ¿Cómo puede alegarse que la situación económica de España no permite mejorar la retribución del trabajo cuando no ha habido otra época en la vida española en que los industriales hayan realizado ganancias más fabulosas? ¿Cómo se puede justificar la actitud del Gobierno cuando los Bancos, al cerrar el balance de 1955, según sus memorias y los acuerdos de recientes juntas generales de accionistas, se han visto obligados, a causa de que los dividendos máximos que autoriza la ley estaban colmados, a verter en los fondos de reserva sumas de millones que asustan por lo considerables? Todo esto aparece tan notorio que no merece la pena de argumentar sobre ello.

La huelgas, aunque se extingan y aunque muchos trabajadores vayan a las cárceles y millares de ellos sean lanzados a la más completa miseria por el propio Gobierno, han hecho mella en las esferas gubernativas. Ayer mismo, José Luis Arrese, al que dieron tan magnífica respuesta los estudiantes de Valladolid, anunció en Sevilla el propósito del Gobierno de realizar profundas reformas sociales que no sabemos si tendrán realidad. Si el Gobierno niega a los patrones su derecho indiscutible a mejorar la retribución de los obreros, ¿qué credulidad merece su anuncio de medidas más amplias que las insuficientes con que quiso equilibrar salarios y precios? En España nunca se ofreció

contraste más terrible que ahora entre la riqueza opulenta, ostentosa y grosera de los nuevos ricos, y la miseria terrible de los trabajadores.

Han sonado por el extranjero voces de aliento para estos hombres. Poco vale la nuestra. Estoy seguro de que vosotros también les prestáis solidaridad. Los obreros españoles —repite algo que antes dije— saben a dónde van y saben lo que quieren. Aguardan, cada vez más angustiosa y desesperadamente, una manifestación efectiva de solidaridad internacional de la clase trabajadora. No hay derecho a que las grandes organizaciones sindicales del mundo dejen sucumbir al proletariado español. (OVACION QUE DURA LARGO RATO).

LA GENERACION FRATRICIDA Y LA GENERACION FRATERNA

«Horas de España y Horas del mundo» es mi tema. Miremos un poco al mundo. Hoy han llegado a Moscú los magnates de Rusia que estuvieron de visita en Inglaterra. Al llegar hoy a su sede, se han quejado amargamente del trato que les dieron los directivos del Partido Laborista. No es por azar que las palabras más ásperas que escucharon en Inglaterra salieran de labios de directores del Labour Party y de directores de las Trade Unions. Es que hay una diferencia sustancial entre el comunismo y el socialismo. Más cerca están los comunistas de los falangistas que de los socialistas. ¿Por qué? Comunistas y falangistas tienen par denominador común el totalitarismo. Nosotros ostentamos un apellido indeclinable: somos demócratas. Y es natural que los laboristas ingleses, compañeros nuestros, hablaran a los emisarios soviéticos con absoluta sinceridad, aunque ésta, como ocurre la mayor parte de las veces, tuviera asperezas.

Estamos siendo objeto de requerimientos de los comunistas, requerimientos que se han reproducido de modo especial desde las resoluciones del XX Congreso del Partido Comunista de Rusia y tras la disolución del Kominform. Pero no podemos fiarnos de palabras de los comunistas. ¿Cómo nos vamos a fiar si cada veinticuatro horas su veleta gira en sentido distinto, lo mismo para estimaciones políticas que para las personales? He dicho en otra ocasión que de los comunistas me tienen sin cuidado tanto los halagos como los insultos, porque uno y otros carecen de valor. Si les hemos visto ahora cambiar tan bruscamente con respecto a Stalin, desmoronando su fama, ¿cómo vamos a creer a los comunistas?

Me valgo de una apreciación que antes hice respecto a determinados fenómenos de la política española: el rencor no puede ser norma eterna. Rusia ha realizado progresos verdaderamente prodigiosos tras haber sufrido en su carne, como nadie, heridas desgarradoras en dos guerras internacionales y tras haber soportado una contienda civil a raíz de la primera guerra mundial, guerra civil que, por intervenciones extranjeras, tuvo iguales caracteres que la guerra civil nuestra. A pesar de todos esos desastres, Rusia ha avanzado prodigiosamente en ciencias, en artes, en cultura, en todas las ramas del saber. Esto parece milagro, y no puede compararse con el progreso de los Estados Unidos de América, nación que, aun habiéndose batido en las dos guerras internacionales de que antes hablé, combatió a distancia y con pérdidas humanas relativamente escasas, mientras Rusia perdió millones de hombres y ha visto destruidas grandes ciudades. No obstante, la URSS se ha reconstituido y ha progresado casi increíblemente. Con esto se despeja para nosotros los socialistas, también colectivistas, una incógnita de mucho interés: queda demostrado que el colectivismo, contra críticos que «a priori» acometían contra él, sin que hubiese tenido todavía aplicación práctica en el mundo, sosteniendo que la colectivización mataría todo estímulo individual y que, por tanto, sería causa de estancamiento y de retroceso. Se ha probado todo lo contrario.

El colectivismo no estorba progreso alguno; el colectivismo, en su aplicación máxima en Rusia, los ha incrementado todos.

Ahora bien, el enigma que todavía subsiste es si el colectivismo pleno es compatible con la libertad, porque en Rusia la libertad no existe. Mi concepto del socialismo es que constituye un complemento indispensable a la libertad humana y que, por tanto, el socialismo debería detener sus avances allá donde tropezara con la primera vulneración de la libertad. Es para mí más preciada la libertad humana que cualquier progreso económico realizado a través del colectivismo. Ante ese enigma, permanecemos perplejos, porque no se puede comparar el colectivismo pleno implantado en Rusia con el colectivismo parcial realizado en Inglaterra y en los países escandinavos. Quizá nosotros, los socialistas españoles, no podamos rebasar los términos en que esos países del Norte de Europa detuvieron la colectivización. Tampoco, sin aprobar las brutalidades que el régimen soviético ha cometido, podemos ansiar, y mucho menos cooperando a ella, la destrucción de Rusia comunista. Nuestras aspiraciones deben cifrarse en la democratización de Rusia, en una evolución que suprima su totalitarismo repulsivo para llegar a una democratización sincera. Sin embargo, no podemos fiarnos de las súplicas que nos dirijan los comunistas españoles, ni de los acuerdos del XX Congreso comunista ruso, ni de la disolución del Kominform. Todo eso, reducido a palabras, para nada sirve. Estamos atalayando el porvenir; no estamos mirando el presente. Y para nosotros, no sería una victoria que los países capitalistas consiguieran la destrucción del régimen comunista ruso, aun apreciando en éste terribles defectos que nos repugnan.

Si Rusia, que ha estorbado la implantación del socialismo en Europa occidental concentrando sus esfuerzos contra la socialdemocracia, rectificara de verdad el curso de su vida, basándola en una democracia interna, Rusia se acercaría hacia nosotros y nosotros no podemos ni debemos repeler el concurso, de la misma manera que no podemos ni debemos repeler el concurso de los estudiantes españoles, tan magníficamente plasmado en el documento de Valladolid y cuyo lectura habéis acogido con prolongados murmullos de aprobación.

El anticomunismo ha adquirido matices tan odiosos como los del comunismo. A título de anticomunista, se sostiene el totalitarismo de Franco. Por sufridos que seamos, no podemos menos de reaccionar ante lesión tan profunda como la que, con esa absurda conducta de las democracias, se nos causa...

Estamos en los umbrales de gigantescas maravillas. Estamos, o estáis —porque yo estoy a punto de despedirme de la vida— en umbrales de maravillas que la ciencia va a poner al servicio de la humanidad mediante el aprovechamiento pacífico de la energía atómica y mediante los prodigios electrónicos, los prodigios del trabajo automatizado que liberará al hombre de faenas penosísimas hasta el punto de abolir la sentencia bíblica «ganarás el pan con el sudor de tu frente». Esas inmensas ventajas, incomparables con las que anteriormente produjeron la máquina de vapor y otros descubrimientos, no pueden ir a poder de grupos de plutócratas, sino a manos de la humanidad entera. No debe haber hombres pobres, no debe haber hombres ricos y, además, no debe haber pueblos pobres ni debe haber pueblos ricos. La riqueza ha de tener concepto mundial, y el reparto de ella debe hacerse equitativamente: dentro del orbe, entre los pueblos y dentro de cada nación, entre los hombres.

A ese ideal estamos adscritos, pero —lo repito— sin perder nuestro amor a la democracia, que debemos procurar sea establecida interior y exteriormente. A título de combatir el totalitarismo ruso, se estranguló a la República española y se condenó a nuestro proletariado a la esclavitud. Hacemos responsables de tamaños crímenes a las naciones democráticas y principalmente a la más poderosa entre ellas, a los Estados Unidos de América. Seríamos insinceros si no lo proclamáramos así; seríamos deshonestos si nos acogiéramos a opor-

tunismos momentáneos por los cuales esas naciones pudieran halagarnos en nuestros deseos y propósitos, aunque no veo asomar el halago por parte alguna.

Prescindo de esbozar más panoramas mundiales. Vuelvo los ojos a España. Hemos pertenecido, cuando menos he pertenecido yo, a la generación que puede denominarse generación fratricida. No estoy arrepentido de mi participación en la lucha sangrienta para defender nuestra libertad y nuestro derecho. A las generaciones españolas que nacen limpias de culpa, porque su temprana edad las eximió de toda participación en el magno fratricidio, las saludamos como una esperanza. Pedimos libertad para exponer nuestras ideas y decencia en las costumbres, tan vergonzosamente destruida por el régimen actual, y decimos a los que ahora se aprestan a intervenir en un futuro próximo en la gobernación de España: «Si no queréis venir a nuestra acera, ni queréis situaros en la contraria; si preferis, como se infiere de vuestras palabras, acomodaros en un caballón, entre los dos surcos por donde corrieron en sentido opuesto raudales de sangre que manaba de un mismo cuerpo, el de España, tenéis derecho a hacerlo, porque sois inocentes. Quizá nosotros no lo seamos por completo, a virtud de nuestros errores, porque el error es también una culpa; pero proclamamos, con el corazón, inflamado, que tanto como vosotros améis a España, la amamos nosotros, y que, para salvarla de la ruina moral y material a donde la empuja el régimen nauseabundo de Franco, estamos dispuestos a cooperar, con la energía que nos quede y el aliento que nos reste, en esa empresa salvadora.» (OVACION CLAMOROSA).

E

DECLARACIÓN POLÍTICA DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

12

La vida del Régimen está llegado a su fin.

El pueblo toma conciencia de este acontecimiento histórico y reafirma su voluntad de reconquistar su soberanía.

Los factores determinantes de la caída del Régimen son de orden interno y de orden externo, con respecto del propio Régimen. Entre los de orden interno cabe destacar la crisis económica arrastrada ya desde el Gobierno anterior, a la que se añade la crisis política que se desencadenó con la muerte de Carrero, eje sobre el que se trataba de asentar el continuismo.

Esta situación ha llegado a su punto culminante, tras un proceso de deterioro político y económico, con la desaparición política del Dictador y la clara perspectiva de su desaparición física.

La división, la falta de coincidencia en los criterios y la falta de confianza en las Instituciones, que se percibe entre los propios detentadores del poder son ya del domino público.

Por otra parte, el despegue del Régimen de importantes sectores económicos, durante tanto tiempo vinculados a él, resta asimismo un factor de estabilidad y cierra una perspectiva de futuro a su continuidad. Estos sectores económicos ven como las Instituciones que hasta el momento les habían servido para defender sus intereses, no les garantizan ya un porvenir seguro, por la carencia de un sistema adecuado de relaciones industriales.

Cierto sector de la Iglesia toma posiciones frente al futuro político inmediato, marcando una línea de conducta opuesta a la mantenida con anterioridad con la intención de garantizar su engarce en la nueva realidad que se avecina.

Desde el punto de vista externo los sectores tradicionalmente marginados del Poder político, cuales son la clase trabajadora y la inmensa mayoría del pueblo, así como las organizaciones políticas y sindicales encarnadas en el mismo, han contribuido decisivamente al deterioro y liquidación del Régimen político actual, a través de la lucha mantenida desde el momento mismo de implantación de la Dictadura.

A todo lo expuesto se une el aislamiento internacional, la presión de algunos gobiernos europeos y la desaparición de los regímenes dictatoriales portugués y griego, como factores más llamativos de la nueva coyuntura exterior.

En este panorama se observan actitudes políticas diversas. De un lado la de los ultras, que no renuncian al mantenimiento de formas arcaicas y dictatoriales de poder, con su incitación a la violencia y sus reiterados intentos de controlar el aparato del Estado para utilizarlo según los moldes de los años de su instauración.

De otro lado, los que detentando en la actualidad ese poder político y los que aspiran a sustituirles, tratan de forzar el desarrollo de las instituciones para que, sin cambiar en lo fundamental, pueda cristalizar lo que se ha venido llamando «el aperturismo político». Es pieza clave de este montaje pseudo-institucional, la designación de Juan Carlos como sucesor en la Jefatura del Estado.

Finalmente, los sectores, grupos, organizaciones, que optan claramente por una salida democrática que suponga la RUPTURA de unas instituciones nacidas en contra de la soberanía popular.

La primera de las actitudes expuestas no cuenta en la actualidad con el apoyo de ningún sector que pueda ser tomado en consideración dentro de la realidad político-social del país. Son residuos de una forma arcaica de fascismo alimentado todavía por el clima de triunfo de la guerra civil y la supervivencia del Dictador.

La salida propugnada por los que ocupan hoy el poder cuenta con la existencia de un aparato burocrático y de control que mantiene, por inercia, el funcionamiento de las instituciones y con el interés egoísta de sectores de la burguesía de pretensiones autárquicas. No cuenta, sin embargo, con un fundamento ideológico, ni con el apoyo popular, ni tan siquiera con un programa de futuro que ofrezca fórmulas eficaces de convivencia política.

Por otra parte, las propias instituciones que pretenden desarrollar son intrínsecamente inamovibles, como nacidas en un contexto político de guerra civil y determinadas por la imposición de un grupo minoritario en contra de la voluntad popular. Arrastra, además, el grave lastre de la corrupción política y administrativa que ha marcado definitivamente para el futuro a los hombres y grupos que han venido detentando el poder.

Tanto el sindicalismo oficial, la conformación de las Cortes, la unicidad y concentración de poderes, como toda la organización político-administrativa del Estado español, inspirados en principios de corte fascista, hacen imposible una supuesta evolución en el marco del Régimen.

El análisis anterior lleva a la conclusión históricamente repetida, y recientemente ratificada con los ejemplos de los pueblos portugués y griego, de que la única salida a la presente situación consiste en la

adecuada formulación de una RUPTURA DEMOCRATICA, en el restablecimiento definitivo de un sistema de libertades y la construcción de un sistema de gobierno que emane de la voluntad soberana del pueblo.

Esta salida democrática se propugna hoy desde diversos sectores de la sociedad española, coyunturalmente coincidentes, pero con motivaciones y alcance distintos.

El Partido Socialista Obrero Español interpretando la voluntad de la clase trabajadora y la gran parte del pueblo no vinculada a la existencia del Régimen, ha luchado, lucha y luchará por el restablecimiento de un sistema de libertades que permita a la clase trabajadora dar una respuesta más acorde con sus necesidades históricas al sistema capitalista.

Aun coincidiendo con otros sectores de la sociedad española que hacen esfuerzos por conseguir el restablecimiento de la democracia, las finalidades que persigue y las motivaciones que impulsan al Partido Socialista Obrero Español, obligan hoy a una política independiente, sin compromisos interclasistas que puedan hipotecar en el futuro los intereses de la clase trabajadora.

Para ello seguirá luchando por la coincidencia de los movimientos socialistas ibéricos, por la potenciación de los movimientos populares, por la conquista de las reivindicaciones obreras, por el desarrollo de las aspiraciones de los profesionales, en suma por todo el conjunto de necesidades que siente el ciudadano y la sociedad española, hasta conseguir la devolución al pueblo de su soberanía.

Como culminación de este proceso de lucha y conquista de la democracia, y salida lógica de la situación actual, el P.S.O.E. reitera su llamamiento al pueblo a fin de que apoye y exija :

La constitución de un Gobierno provisional sin signo institucional que con carácter inmediato adopte las siguientes medidas :

1. — Libertad de todos los presos políticos y sindicales.
2. — Liquidación de las responsabilidades políticas y sindicales y reconocimiento de los derechos que fueron suprimidos por estos motivos.
3. — Disolución de las instituciones represivas.
4. — Reconocimiento y protección de las libertades democráticas :
 - libertad de los partidos políticos.
 - libertad sindical.
 - libertad de reunión y expresión.
 - derecho de huelga y manifestación

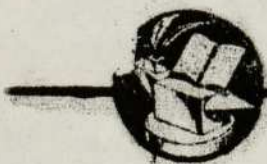
5. — Restitución del patrimonio expropiado a las organizaciones políticas y sindicales suprimidas por la dictadura.
6. — Convocatoria de elecciones libres en plazo no superior a un año a fin de que el pueblo manifieste soberamente su voluntad.
7. — Reconocimiento de los derechos de las nacionalidades ibéricas como base del proceso constituyente.
8. — Mejoras salariales que restituyan el poder adquisitivo de la clase trabajadora.
9. — Control de la riqueza del país para impedir la evasión de capitales y otras actitudes fraudulentas contra la economía nacional.

El Partido Socialista Obrero Español mantiene sus aspiraciones para la construcción de una sociedad justa, y en su camino hacia la misma defenderá como principios constitucionales, sin menoscabo de los propios de su ideario y propone :

- el carácter laico del Estado.
- la independencia de la justicia y la abolición de la pena de muerte.
- la no injerencia del Ejército en el desarrollo político del país.
- el control democrático de la empresa pública y las instituciones de la seguridad social.
- un sistema fiscal y una reforma agraria extendidos como instrumentos de distribución de la riqueza y corrección de las desigualdades y privilegios producto de la explotación y la corrupción.
- la garantía de la sociedad en la cobertura de las necesidades básicas de los ciudadanos, tendiendo a su satisfacción con eliminación del lucro como motor de su desarrollo.
- y la concepción de la función pública de la Administración al servicio del pueblo y no como organización parasitaria de éste.

El Partido Socialista Obrero Español llama al pueblo español a la lucha contra la explotación y la opresión del Régimen y ofrece una estrategia de lucha socialista que dirija la acción popular hacia la construcción de una sociedad más justa.

Comisión Ejecutiva del P.S.O.E.
Madrid, Septiembre 1974.



Partido Socialista Obrero Español

COMUNICADO DE LA Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. reunida el 7.9.74

La llamada agencia A.P.I. al hacerse eco de un rumor , publica una información , con fecha 30 de Agosto de 1974, que puede interpretarse como un desafortunado intento de perjudicar la imagen del P.S.O.E.

Se afirma en ella que el P.S.O.E. o militantes conocidos de este, van a formar parte de un imaginario gobierno con Areilza, Ruiz Jimenez, Duez Alegria, Fraga , y cuantos políticos de Centro creen pueden llegar a ser responsables de la transición a la Monarquía continuista del 18 de Julio.

El P.S.O.E. desmiente categóricamente esta pretendida información que pudiera ser calificada de calumniosa y confundente, denunciando su posible intención, y reitera que bajo ningún concepto aceptara formulación política para la solución de la voluntad popular libremente expresada.

A lo anterior ha de añadirse en repulsa a la información publicada en diferentes periódicos europeos, difundida por la agencia Renter , aclarando que el P.S.O.E. no está encuadrado en la llamada Junta Democrática, ni en la hasta ahora ignorada " Conferencia Democrática " que dicha información afirma haberse constituido.

La política unitaria del P.S.O.E., sin exclusiones, con cuantas fuerzas reales, políticas y sindicales, se comprometan en la lucha por la democracia, exige unas bases previas de preparación y acuerdo que no se están dando en la ocasión presente.

Finalmente , nuestro partido , que reclama la devolución al pueblo de su soberanía, rechaza las soluciones preconcebidas en pactos con quienes precisamente son los responsables directos de la falta de libertad de nuestros pueblos/

la C.E.

PARTI SOCIALISTE
12, cité Malesherbes
75009 - PARIS

PARIS , le 27 JUIN 1974

Té1 878 40 73

16

Madame , Monsieur,

Le Parti Socialiste Ouvrier Espagnol (P.S.O.E.), face à la situation économique, sociale et politique de la péninsule Ibérique, prépare, actuellement, une alternative démocratique pour l'Espagne en regroupant , autour d'un organisme commun, tous ceux qui se réclament du socialisme; en même temps qu'il participe activement à , toutes les luttes revendicatives que mènent les travailleurs .

Les événements du Portugal ont accentué la crise du régime franquiste et accéléré le processus de concertation de l'opposition démocratique espagnole en vue de prévoir, sans tarder, l'après-franquisme .

Les socialistes espagnols, d'ores et déjà, affirment qu'en Espagne comme au Portugal, le chemin de la liberté est le seul qui puisse amener les peuples à résoudre leurs problèmes économiques et politiques et leur permettre de trouver leur place au sein de la Communauté des peuples libres d'Europe . Et c'est dans ce sens que le P.S.O.E. déploie tous ses efforts avec les diverses forces politiques qui, à l'intérieur du pays, se concertent pour concevoir une intensification de l'action coordonnée dans tout le pays .

L'ensemble de ces problèmes seront évoqués au cours d'une Conférence de Presse qui aura lieu au siège du Parti Socialiste , 12, cité Malesherbes , PARIS 9^e , le

Lundi 1er Juillet

à 11 Heures .

Croyez, Madame, Monsieur, en l'assurance de nos sentiments les meilleurs .

Robert PONTILLON
Secrétaire National chargé des
Relations Internationales,

Claude ESTIER
Secrétaire National chargé
de la Presse .

*Pigalle 5 Des Martyrs 59
Victor Maitte 20*